

con el buril y el escoplo,
con la paleta y la escuadra.
Todo es piedra, todo es bronce
como el pecho del monarca
para gobernar el mundo
que vió rodar á sus plantas.
Una obra es una victoria
rudamente conquistada
al arcano de la ciencia,
á la materia, ó al alma,
por eso cuanto es más grande
más viva lucha reclama,
y obras hay que al hombre exigen
por cada paso una hazaña.
Tal es la del monasterio:
con obstáculos batalla,
que afrontarlos pueden sólo
prodigios de la constancia.
Voy á narrar el más leve;
sus proporciones fantásticas
muestran que en aquel recinto
parece un mundo una nada.
Con insistencia se dice
que cuando la noche avanza
se oye el pavoroso estruendo
de unas cadenas que arrastran.
A veces terrible ahullido
la sangre en las venas pára,
lamento semeja á veces
como ¡ay! de un dolor que acaba.
El hecho afirman los monges
y no conciben su causa,
testigos son los obreros
y cuantos la noche pasan
en el cláustro, ó de la sierra
en la pintoresca falda.
Más de un soldado atrevido
tomólo á cuento y patraña
por la tarde, y santiguóse
contándolo á la mañana.
En Madrid los descontentos
dicen que el cielo rechaza
altar que con privaciones
de los pueblos se levanta;
que bien dicen las cadenas
cuánto oprimen á la pátria,
y que el ahullido es del pueblo
que agobian las alcabalas.
Así se van formulando
murmuraciones livianas,

llevando en su seno el gérmen
de una insolente amenaza,
leve rumor que se estiende
y por doquier se propaga
como una niebla impalpable
que al reino envuelve en sus gasas.
El rey medita estas cosas
afectando despreciarlas
que es pensador por carácter
frio y severo por maña.
En las versiones medita
con que los suyos recatan
si no un proyecto, una idea
cuya concepcion le agravia.
Contra Dios ó contra el rey
 juzga que siembran cizaña,
y ántes que brote pretende
estar dispuesto á arrancarla.
Si es contra Dios son herejes
que el fuego tan sólo acalla,
si es contra el rey son traidores
y piden sogá ó mordaza.

II

La noche envuelve en sus sombras
la sierra del Guadarrama
de las estrellas velando
la luz vacilante y pálida.
La mole del monasterio
negros contornos destaca
y entre ellos una luz ténue
ilumina una ventana.
Es la luz del santuario,
es el emblema del alma,
que ante su Dios encendida
sus resplandores irradia.
Todo en el cerro es silencio,
todo es en el valle calma,
sólo en el temp'o resueñan
ecos de amor y alabanza.
Los monges están en coro:
en él las grandezas cantan
del Dios que cuenta los astros
y por su nombre los llama.
¡Cuánta paz! ¡Cuánta ventura
en los semblantes retrata
dulce soledad que llenan
las oraciones sagradas!
Si de fray Julian de Tricio

causan respeto las canas
y el báculo en cuyo extremo
rugosa mano descansa,
fray Julian de San Jerónimo
no ménos la atencion llama,
que escrita se ve en su frente
ciencia divina y humana.
Con estas nobles figuras
la de otro monge contrasta,
Villacastin, el obrero,
bien ostenta en su mirada
la actividad incansable
con que su génio batalla
con obstáculos que á Herrera
más de una vez acobardan.
De pronto un ruido estridente
turba del cláustro la calma,
ruido es como de cadenas
que un sér invisible arrastra.
Un temblor imperceptible
anuda aquellas gargantas
y en los cánticos sagrados
imprime huella marcada,
y de un eco indefinible
modulaciones extrañas
á veces fingen lamentos,
á veces gritos de rabia,
ecos de un sér que agoniza,
ecos de un sér que amenaza,
que en algo humanos parecen
sin tener de humanos nada.
Muy poco á poco los monjes
la voz en el coro bajan,
hasta que muere en sus labios
el eco de sus plegarias,
y al cabo de breve instante
se ve en las figuras pálidas
el cabello todo enhiesto,
todas las manos crispadas.
Villacastin y otro monge
son los únicos que callan
escuchando sin pavura
del ruido la expresion varia.
Con paso firme y seguro
Villacastin se adelanta
hasta el prior y así dice,
con voz que el miedo no empaña:
—Padre, si es Dios con nosotros,
contra Dios no pueden nada,
ni los planes de los hombres

ni del ayerno las trazas.
Si de un lamento es el eco,
y acusa pena en un alma,
la caridad nos ordena
acudir á remediarla.
En fin, si me da licencia
saldré á ver esa nonada,
que no es digno de nosotros
sufrirla sin verla en casa.
Sano volveré á decirle
quién es y de qué se trata;
si no volviere... una herida
no es obra de una fantasma.
Contra Dios ó contra el rey
se encaminará la farsa,
y yo moriré contento
por mi Dios ó por mi patria.
—No irá solo, que yo tengo
la misma intencion honrada,
dice el otro monje, y juntos
los dos la licencia aguardan.
Para hablar no tiene fuerzas
el prior, mas los abraza,
los bendice, y con la mano
el camino les señala.

III

Los bultos no se aperciben
de los dos monjes que marchan
por el jardin ocultando
el ruido de sus pisadas.
Solos hallaron los cláustros
y las obras solitarias,
ni un sér viviente se esconde
del jardin entre las ramas;
pero el eco pavoroso
sigue insistente á sus plantas,
parece que de las bóvedas
nace en las frias entrañas.
Bajando sus escalones
van á tiento y con tal pausa
que ni áun percibirse puede
su respiracion ahogada.
Prudencia inútil, los ecos
acreditan viva alarma
y más cerca se repiten,
y más la cadena arrastra.
En medio de las tinieblas
ven el fulgor de dos ascuas,

y un bulto negro..... los monjes
 prorumpen en carcajadas.
 ¡Era de un perro el ladrido
 de tanto terror la causa!
 ¡De su collar la cadena
 los ecos férreos formaba!
 Súbenle al jardín á punto
 de clarear la mañana,
 y por el collar descubren
 que es del marqués de las Navas.
 —¿Qué haremos? el uno dice.
 Es prenda de noble casa
 y tratarle con regalo
 será prudencia estimada.
 —Antes pienso, le replica
 Villacastin, hallar traza
 de ahogar las murmuraciones
 que ocasiona esta garganta.
 —Harános el marqués ruido.
 —Con este esotro se apaga,
 y la verdad se acredita,
 que á Dios y al rey eso basta.
 Dentro de breves instantes
 el sol que los cláustros baña,
 el enigma pavoroso

públicamente declara.
 Pendiente de un antepecho
 está la negra fantasma,
 ántes motivo de espanto,
 ahora de risa y de lástima.

 Al saber el desenlace
 el caviloso monarca
 mirando á los descontentos
 dijo con solemne pausa:
 —Villacastin es un sábio,
 pues á merced de su audacia
 de sola una cuerda penden
 un perro y una enseñanza.
 Contra las grandes empresas
 siempre se riñen batallas,
 y á veces el fundamento
 estriba en que un perro ladra.
 Bien muerto está, y me parece
 que será cosa acertada
 que se guarde aquella cuerda
 por si volviere á hacer falta.

J. H. G.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
 Carretas, 9.

MADRID: 1873.
 IMP. DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ,
 Bordadores, 7.



La Muerte de Escobedo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1578.)

A la córte don Juan de Austria
hizo venir á Escobedo
auxilios para la guerra
á su hermano y rey pidiendo.
Crece el temor en España
de que más pudieron serlo
para realizar sus planes
de próximo encubramiento.
Murmúrase que don Juan,
para entretener el tiempo,

enamora á una princesa
dando á un favorito celos,
y que han jurado su muerte
unos labios hechiceros
que dicen que el secretario
no guarda bien los secretos.
Há dias que envenena le
en un banquete quisieron,
y desde entónces le acosan
horribles presentimientos.

Aislado del mundo vive;
para evitar todo riesgo
solamente le acompañan
sus armas y sus recelos.

I

En sombras está la villa;
el oscuro firmamento
la tempestad y la noche
vistien con ropajes negros.
Solitaria está la calle
en donde mora Escobedo:
reina en torno de su casa
el más tranquilo silencio.
Una imagen de la Virgen
alumbran tibios reflejos
de un farol, en el recodo
que hace la calle á un extremo,
y un círculo luminoso
de límites muy estrechos,
forma en la tapia vecina
que cerca un inculto huerto.

.....
Alguien el callejon cruza
pues se oyen pasos muy quedos
hácia la esquina avanzando
con sigilo y con misterio.
En el muro iluminado
reflejáronse un momento
dos negros bultos informes
cual oscilantes espectros.
Uno en hombros de otro sube;
con vista y oído atentos,
asegúrase en el muro
con una mano; y abriendo
el farol agonizante
domínalo con esfuerzo:
se oye un débil soplo, queda
todo en sombras, suena luego
el crugido de una llave
y ábrese un postigo estrecho.
—Es don Juan,—dice en voz baja
uno de los encubiertos,
y ambos se ocultan al punto
de ancho porton en los huecos.
En el abierto postigo
apareció un caballero,
que por todas partes mira
vil asechanza temiendo.
Impaciente y temeroso

cierra el postigo y, atento
á todo rumor, deslízase
junto á la tapia del huerto.
Párase á veces y escucha...
y en el profundo silencio
un leve rumor traduce
por un peligroso encuentro.
La calle de la Almudena
gana con paso ligero,
en la esquina un hombre estaba
amante cita fingiendo.
Llegó á la de los Autores:
tocó en un porton secreto
con el puño de su espada,
brilló un relámpago en esto;
y atrás volviendo la vista
vislumbró de trecho en trecho
gente inmóvil... parecían
estátuas de mármol negro.
Se abrió la mezquina puerta;
franqueó su dintel estrecho;
el ruido que hizo al cerrar:
se ahogó en el rumor de un trueno;
y cual infernal aviso
tras de sus últimos ecos
un silbido penetrante
llevó en sus alas el viento.
Entónces aquellas sombras
moviéronse al mismo tiempo
y frente al porton se juntan
por donde se entró Escobedo.
—¿Nadie falta? ¿estamos todos?
dijo una voz con imperio.
—Todos,—los enmascarados
sordamente respondieron.
—¿Le habeis conocido?

—Sí.

—Parece que tiene miedo.
—Pues si se muere del susto
habrá que trabajar ménos.
—Asuntos en que andan tuertas
tienen que salir derechos.
Todos tras estas palabras,
esquivando el aguacero,
en opuestas direcciones,
por la calle se esparcieron.
A intervalos, un relámpago
los alumbraba un momento,
cual si la traicion y el crimen
se complaciesen en verlos.

ii.

Doña Ana Mendoza se halla
 en su estancia más secreta,
 dónde los amores finge
 y las traiciones concierta.
 Sus inmóviles facciones
 son de una hermosura enérgica,
 jamás se cubrió la infamia
 con tan preciosa careta.
 Sentado junto á doña Ana,
 fijos sus ojos en tierra,
 el privado Antonio Perez
 muy abstraído se encuentra.

—Sombrió andáis.

—¡Ah! señora,

cruzan ideas siniestras
 por mi mente, y está el rostro
 del color de mis ideas.

—¿La licencia de Escobedo
 la firmó el rey?

—Mucha fuerza
 tuve que hacer, pero al cabo
 aquí teneis su licencia.

Mañana saldrá de España...

—Mañana... ¡que Dios lo quiera!

Su licencia el rey le otorga
 pero aún le falta la nuestra.

—¡Pobre Escobedo!

—Tardasteis
 en poner freno á su lengua
 y hoy que habló al rey es preciso
 que tenga su recompensa.
 Venid junto á este balcon:
 ¿veis al lado de la iglesia
 un hombre?

—Sí.

—Junto al arco,
 ¿qué veis?

—Otra sombra negra.

—A recibir el despacho
 que alcanzó vuestra influencia
 vendrá esta noche Escobedo.

—¡Qué vais á hacer!

—¿Qué os inquieta?

—Si alguien la traicion vislumbra.

—Está la noche muy negra
 para vislumbrar traiciones...

—Si el rey...

—Alejad sospechas.

Y al tiempo que esto decía
 una sonrisa siniestra
 vagó infernal por los labios
 de la villana princesa.
 Callaron ambos; oyóse
 con monotonía firmeza
 el choque del aguacero
 contra los muros de piedra.
 Un silbido agudo y largo
 resonó luego muy cerca.
 Palideció Antonio Perez,
 con rapidez y con fuerza
 empujóle doña Ana
 hácia una estancia secreta.
 Alzóse el tapiz del fondo,
 con agitación inmensa
 entró don Juan de Escobedo
 sin poder hablar apenas...
 Adelantóse doña Ana
 á su encuentro con sorpresa
 fingiendo emoción al verle
 con afectuosa impaciencia.

—¿Qué os pasa, don Juan? le dijo,
 sentaos... la mano os tiembla.

—Señora, por Dios, señora,
 dadme al punto esa licencia;
 quiero apenas raye el alba
 partir... partir de esta tierra
 donde asesinos infames
 por todas partes me acechan.
 ¿Y mi despacho?

—Firmado

por el rey aquí os espera.

—¡Oh! gracias.

—En este asunto
 trabajo de propia cuenta.
 Vos contasteis mis amores
 al rey... no mostreis sorpresa...
 y que no sigais contándolos
 comprended que me interesa.
 Que Dios os guie, Escobedo.
 —Con él quedad; mas quisiera
 sincerarme...

—Teneis prisa...
 y os quiero evitar molestias.
 ¡Feliz viaje!

Don Juan
 haciendo una reverencia
 salió guardando el despacho
 tembloroso en su escarcela.

Le vió doña Ana alejarse...
y al volver su faz serena
halló la de Antonio Perez
lúgubre cual su conciencia.
—Huid tambien vos.

—Llamadle.

—No es hora ya de clemencias.

—Si me encuentran soy perdido.

—Tomad por la otra escalera.

Vióle salir doña Ana
y dijo con voz incierta,
—¡Me faltaba un asesino
y es justo que tú lo seas!

Se animó su rostro frio
con satánica fiera,
corrió al balcon... parecía
el ángel de la soberbia.

Entró de pronto en la estancia
agitada una doncella:

—Señora: el rey,—dijo y fuese
con misterio y ligereza.

Se abrió el secreto postigo;
salió don Juan; con cautela
cruzó la tranquila calle
creyéndola ya desierta.

Se oyó silbar levemente;
tres hombres la esquina dejan
siguiéndole á poco trecho
con marcha uniforme y lenta.

Llegó al callejon sombrío,
atravesó la plazuela
y vió cerrándole el paso
moverse tres sombras negras.

Nervioso esgrime su espada
y con increíble fuerza
contuvo el ataque brusco
que á un tiempo le dirigieran.
Los que tras don Juan seguian

paráronse; con prudencia
adelantóse uno de ellos
y al lado de don Juan llega.
No se sienten sus pisadas,
no se le distingue apenas,
como una sombra impalpable
entre las sombras se mezcla
Ya casi su espalda toca...
alza su traidora diestra
y con el hierro homicida
un golpe mortal le asesta.
—A... mi... socorro... ¡asesinos!
con voz angustiada y trémula
grita Escobedo, reuniendo
sus ya vacilantes fuerzas.
Quiso en vano sostenerse...
dió un gemido, cayó en tierra...
y los villanos huyeron
por torcidas callejuelas.
Un cuadro de luz formando
en medio de las tinieblas,
se abrió un balcon; en el fondo
apareció la princesa:
detrás un bulto encorvado
cual una aparicion tétrica
confundido en la penumbra
inclinábase hácia fuera.

.....
A poco junto al cadáver,
rondas y curiosos llegan,
hácense mil comentarios,
y se habla de una órden régia.
Murmuran de Antonio Perez...
Razon tuvo la princesa:
para vislumbrar traiciones
era una noche muy negra.

J. C. Y S.



ES PROPIEDAD.



El Caballero de Gracia.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I

Quien en continuos festines,
de bacanales en torno,
desliza sus breves dias
sin darse cuenta á sí propio;
quien nunca halló una mirada
que no rindiera orgulloso,
y burlador de doncellas
es de casadas antojo;

hoy en su mente acaricia
los pensamientos más hondos:
hoy no es Jacobo de Gratis
el seductor victorioso.
Dos meses há que navega
de una ilusion en el golfo,
y ya dos meses, que, en vano,
discurre planes diabólicos.
Ante una virtud de hierro
de nada sirvió su arrojó;



pero aún el crimen le ciega,
aún no se abate del todo,
que una palabra empeñada,
y un mal reprimido encono,
con bulliciosos latidos
le están hiriendo en el rostro.
Allí está; tras de una esquina
ocúltase silencioso;
enfrente de él se dibuja
de un edificio el contorno.
Cuantos le encuentran al paso
le observan mudos y atónitos,
que es doña Elvira una joya,
que desconocen muy pocos.
Y saben que ama al de Silva,
y es rica en virtud y en oro,
y que por nada del mundo
podrá faltar á su esposo.
No de otra suerte comprende
tambien su suerte Jacobo;
por eso triste sonrisa
asoma á sus lábios rojos;
por eso en traidores lazos
se fija impaciente y loco;
por eso todas las noches
acecha su presa el lobo.
Mas de una mujer la sombra
se vé en la calle; de pronto,
á una señal convenida
contesta el eco monótono.
Y tras de breves instantes,
de aquella calle en el fondo,
se escucha en frases sencillas
un diálogo misterioso.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Nos miran?

—Estamos solos.

—¿Traerás la llave?

—La traigo.

—Pues venga.

—Esperad un poco.

—Mal tus palabras se avienen
con lo que expresan mis ojos;
¡Oh, ya veremos quién lucha
con un valor más heroico!

—¿Y no temeis?

—Ni al infierno.

—Mirad que puede el demonio...

—A los demonios se compra.

—¿Con qué?

—Como á tí te compro,

El oro es gran elemento.

¿No es verdad? ¿Te gusta el oro?

Pues suelta la llave y toma.

—¡Doscientas doblas!

—¿Es poco?

—¡Señor!

—Mañana otro tanto

si sirves del mismo modo.

Un elocuente silencio

siguió al infernal coloquio;

ambos cruzaron la calle

con aparente abandono,

y en direcciones contrarias

se encaminaron ansiosos,

con realidades la una,

con esperanzas el otro.

II

En un sofá reclinada
se encuentra la bella Elvira:
la blanca luz de la luna
alumbrá su faz divina.
Sobre el dintel de una puerta
se vé una imágen purísima,
sus más preciados colores
dejó en el lienzo el artista.
Ni un eco turba el reposo
de aquella mansion tranquila,
sombras á sombras suceden
en silenciosa armonía,
y vaga un ambiente puro
vertiendo aromas y vida,
y el melancólico sueño
con blandas alas se agita.
Lejos, allá junto al fondo
un encubierto se mira;
inmóvil, como una estatua
clava en la hermosa su vista.
Febil entusiasmo anuncia
con sus miradas altivas.
¿Quién es, que á tanto se atreve?
¿Quién es, que tanto confía?
Un paso dá; las distancias
un poco más se limitan;
al leve ruido que se oye
despierta azorada Elvira,
y al descubrir con sus ojos

lo que su embargo motiva,
parece que se sacude
de una tenaz pesadilla.

—¿Qué ruido es ese?

—Silencio.

—¿Quién me habla?

—Quien noche y día

piensa en vos, y en vos espera
la realidad de su dicha.

—¡Jacobó!

—El mismo, señora.

—¿Y os atreveis?...

—¡Por mi vida!

dejad á un lado desdenes,
que más á amaros me obligan.
Vos sois hermosa, entre hermosas,
vos sois la esperanza mia;
arde mi pecho en amores;
amores, pues, necesita.
Si vos, cariñosa y tierna,
quereis mostraros benigna,
vereis lucir en mis ojos
el fuego que me aniquila.

—¡Infame!

—Amar no es infamia.

—A mí, sí.

—¡Quién lo diría!

—Quien tenga un alma más noble,
que el alma que en vos se abriga.

—Si mi pasión os disgusta,
si llama de amor me inspira,
culpad á vuestros encantos,
culpaos más á vos misma.

—Vuestras audaces palabras,
ni debo, ni quiero oírlas.
Salid al punto.

—Imposible.

—Lo mando.

—¡Necia porfía!

—Antonia, Antonia...

—¡Insensata!

—Antonia!

—¡Si estás vendida!

—¡Vendida! Ah, ¿con que en vano
me esfuerzo?

—Sí, en vano gritas.

—En vano, no; aquella imagen
me salvará... ¡Virgen mia,
Virgen de amor... protegédme!

—Ya es tarde.

—No; quita, quita.

Tendió sus brazos Jacobo,
huyó colérica Elvira,
y hacía una próxima estancia
corrió á refugiarse tímida.
Con ambas manos, la puerta
quiso cerrar en su huida,
y al brusco golpe cediendo
el lienzo que estaba encima,
Entre la virtud y el crimen,
entre la fé y la perfidia,
con majestad, se interpuso
aquella Virgen purísima.
Quedó un instante en suspenso
quien en la audacia vivía,
fijóse luego en el cuadro,
miró sus mágicas tintas,
y fascinada su mente
por una ilusión divina,
moverse vió la figura
y adelantarse á su vista.

—¡Perdon! exclamó Jacobo,
retrocediendo enseguida.

—¡Yo imploro vuestra clemencia!
¡Perdon, perdon, Madre mia!
Y ante la imagen, doblando
con humildad la rodilla,
de una oración, nació un voto;
de un voto, un alma tranquila.

III

Cruzó la noche azarosa,
el sol extendió sus galas:
de tan extraña aventura
por todo Madrid se habla.
Y mientras muchos el lance
de varios modos detallan
y pocos son los que dicen
que desconocen la causa,
quien es objeto de hablillas
quien hoy á la corte embarga
con lento paso discurre
por una lujosa estancia.
De vez en cuando sus ojos
en una puerta se clavan
como el que aguarda impaciente
y de impaciencia se cansa.
Tras largo rato, se escucha
el ruido de unas pisadas,

un servidor aparece
y al punto un diálogo entablan.
—Señor...

—¿Cumpliste mi encargo?

—Dejé en palacio la carta.

—¿Y nada más?

—El portero
que se encargó de entregarla
me dijo que sorprendido
quedó al abrirla el monarca;
que la leyó varias veces
con atencion bien marcada,
y al fin, murmuró:—¿Una audiencia
se solicita con ánsia?

Decidle, pues, que la otorgo
al Caballero de Gracia,
que estoy ganoso de oirle,
que el Rey á las dos le aguarda.

—Corriente, vete.

El silencio
volvió á desplegar sus alas;
una hora después, Jacobo
pisaba la régia cámara.

.....
Pasaron algunos años,
vendió el de Silva su casa,
y artífices ingeniosos
la hicieron mansion sagrada.
Allí entre dulces halagos,
en brazos de la esperanza,
vivió Jacobo de Gratis
en la oracion y en la calma.
Aun se conserva la iglesia,
áun una calle la ampara,
y áun ambas llevan el nombre
del *Caballero de Gracia*.

A. B. Y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1873.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.



La Arganzuela.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

En una humilde alquería,
no muy lejos de la puerta
de la Latina, pasado
un portillo de madera,
vivía un pobre alfarero
con extremada miseria.
Llamábanle el tío Daganzo,
y acariciaba con pena
en sus hijos el recuerdo
de mujer honrada y bella.
Entre todos era de años
y cuerpo, la mas pequeña
Sanchica, pobre muchacha
de tez palida y morena,
de dulce mirar tan lleno
de sentimiento y tristeza,

que asomarse parecia
tras de ellos un alma enferma:
sus descoloridos labios
no sonreían apenas,
y entre los sedosos rizos
de su rica cabellera
no había flores ni adornos
de juvenil gusto muestra.
Tratábanla sus hermanos
con irritante dureza,
y el Daganzo muchas veces
las manos ponía en ella
porque prestándole ayuda
en su ordinaria tarea
rompía muchos cacharros
por la escasez de sus fuerzas.

Destinóla á subir agua
del rio, con mucha mengua
de su salud quebrantada,
y la pobre Daganzuela
quebraba la cantarilla
con dolorosa frecuencia.
Burláronse por esto
las convecinas mozuelas:
paó en juguete de chicos,
y hasta en blanco de sus piedras.
Un día la suerte quiso
que la católica reina,
la que abrió con sus alhajas
del Nuevo Mundo las puertas,
la que conquistó á Granada,
Doña Isabel, la primera
de su nombre y de sus hechos
entre las nacidas reinas,
encaminase el paseo
á Manzanares, y cerca
pasara de la alquería
hallándose Sancha en ella.
Tomó á Isabel el antojo
de beber las aguas frescas
del rio, y un caballero
entró á pedir con presteza
un búcaro nuevo y fino
diciendo para quien era.
Corrió Sancha al Manzanares
con estraña diligencia
y sirviendo á su señora
la dijo de esta manera:
«Bebed, mi reina, de esta agua
dulce, tranquila y serena
como esa frente tan digna
de la corona que lleva,
si no es que cansado el rio
de mis importunas quejas

arrastra ya su amargura
entre las aguas envuelta.»
Contó tras esto sus cuitas
á Isabel, que dando muestras
de llorar, á un escudero
dijo así: «Volvedme llena
esta vasija tres veces,
con fino chorro vertella
mientras andais, y el terreno
que señale, dote sea
que quiebre la pesadumbre
de la gentil alfarera.
Amor he visto en sus ojos,
virtudes en su modestia:
merec mientos más cortos
hallé con más recompensa.»
La órden se cumplió, y de Sancha
cesó la fortuna adversa.
Esposo tuvo; fué madre
siempre virtuosa y tierna,
y al cabo de largos años
finalizó su existencia,
despues de llorar la muerte
de sus amorosas prendas,
en el sagrado recinto
de la humilde Orden Tercera.
Diz que en labrar su capilla
gastó parte de su hacienda;
que el campo que llevó en dote
se llamó de la Arganzuela,
su nombre dando á la calle,
que aquel terreno sustenta,
y que mudarse no puede
porque un hecho nos recuerda
de Isabel, y honra á Castilla
enaltecer á esta reina.

J. H. G.



ES PROPIEDAD.

INDICE

DE LOS

ROMANCES CONTENIDOS EN ESTE TOMO

- | | | | |
|----|-----------------------------|----|-----------------------------------|
| 1 | La esposa de Pedilla. | 26 | El mejor premio del arte. |
| 2 | La calle de la Cabeza. | 27 | La victoria de Lepanto. |
| 3 | La torre de los Lujanes. | 28 | El Cristo del Socorro. |
| 4 | El voto de Alfonso Sesto. | 29 | Jaque al rey. |
| 5 | El Cardenal Cisneros. | 30 | El mulato de Murillo. |
| 6 | La batalla de Otumba. | 31 | Muerte de Lope de Vega. |
| 7 | A la luz de un candil. | 22 | El laurel de la Zubia. |
| 8 | El Nuevo Mundo. | 33 | Doña Juana la Loca. |
| 9 | El Alcalde de Móstoles. | 34 | El tributo de las cien doncellas. |
| 10 | Francisco de Avellaneda. | 35 | Zaragoza. |
| 11 | El réloj de San Plácido. | 36 | La perla de Avila. |
| 12 | Las Trinitarias Descalzas. | 37 | La conquista de Málaga. |
| 13 | El compromiso de Caspe. | 38 | El rastro. |
| 14 | La batalla del Guadaletá. | 39 | Villamediana. |
| 15 | La Peña de los enamorados. | 40 | El suplicio de D. Alvaro de Luna. |
| 16 | Don Alfonso Octavo. | 41 | Bailén. |
| 17 | Los hermanos Carvajales. | 42 | Justicia del rey D. Pedro. |
| 18 | Trafalgar. | 43 | Alvarez de Castro. |
| 19 | La muerte de un artista. | 44 | Una aventura de Olmedo. |
| 20 | Granada. | 45 | El soplo de la muerte. |
| 21 | Pedro de Vera. | 46 | El príncipe D. Carlos. |
| 22 | Alfonso Sesto en destierro. | 47 | ¿Contra Dios ó contra el Rey? |
| 23 | La prision de Quevedo. | 48 | La muerte de Escobedo. |
| 24 | La campana de Huesca. | 49 | El caballero de Gracia. |
| 25 | El Ave-Maria. | 50 | La Arganzuela. |



1059489

